

UNA VISITA A PAUL VERLAINE

UNA VISITA A PAUL VERLAINE

UNA VISITA A PAUL VERLAINE

VERLAINE EN EL HOSPITAL. — LA FIGURA DE VERLAINE.
— EL POETA POBRE. — ANÉCDOTAS. — LA OBRA. —
LA LEYENDA.

Hace pocos días estuve á ver en el hospital Broussais, al poeta genial de *La buena canción* y de *Las Fiestas Galantes* que, como hace dos inviernos, busca hoy en el brasero de la caridad pública algún calor reconfortante para sus viejos huesos enfermos. Un billete arrugado, cuyas frases burlescas se helaban entre la amargura del fondo, anunciome, hace algunas semanas, lo que Verlaine llama su cambio de domicilio. — « Ya estoy instalado en mi palacio de invierno — me decía. — Venid á verme para que hablemos de Calderón y de Góngora — ¡ese simbolista! — Mi día de recepción es el domingo. »

Y allí le encontré, siempre dispuesto á la burla terrible, en una cama estrecha del hospital. — Su

rostro enorme y simpático, cuya palidez extrema me hizo pensar en las figuras pintadas por Ribera, tiene un aspecto hierático. Su nariz pequeña se dilata á cada momento para aspirar con delicia el humo de la pipa. Sus labios gruesos, que se entreabren para recitar con amor las estrofas de Villon ó para maldecir contra los poemas de Ronsard, conservan siempre su mueca original en donde el vicio y la bondad se mezclan para formar la expresión de la sonrisa. Sólo su barba rubia de cosaco, había crecido un poco y se había encanecido mucho. Algunos meses de no verle y las noticias de su enfermedad, me hicieron creer que, con su salud, habría cambiado su figura. Esperé encontrarme ante un hombre débil é impotente, y me encontré ante un viejo robusto, que aún promete á Francia algunos poemas inmortales. Lo único que le hace sufrir es la pierna derecha cuyas articulaciones fatigadas ya no quieren moverse como siempre.

« Sin embargo — me decía él mismo — no hay que blasfemar contra las cosas del mundo. ¡Esta pata enferma que me hace sufrir un poco, me proporciona, en cambio, más comodidad que mis versos, que me han hecho sufrir tanto! Si no fuese por el reumatismo, yo no podría vivir de mis rentas. Estando bueno, no lo admiten á uno en el hospital... »

Y cambiando su actitud socrática, que me hacía

recordar el retrato famoso de Carrière, por un aire *pierratesco* que explica el grabado bizarro y caprichoso de Baur, repetía entre dientes un adagio español que pretende haber leído en Cervantes : « No hay mal que por bien no venga ; no hay mal que por bien no venga... »

* * *

En lo que también se equivocó mi fantasía, fué en la esperanza de encontrar el lecho triste del genio enfermo, rodeado de literatos y de amigos.

Quando, hace ya algunos años, tuvo Verlaine que pedir por primera vez un puesto en el hospital, la prensa diaria de París se indignó contra la indiferencia de público, y las visitas caritativas menudearon.

Anatole France reclamaba entonces, en *Le Temps*, una situación mejor para « el más grande de los poetas contemporáneos » y Catulle Mendés proponía, en *L'Écho de Paris*, un beneficio teatral á su favor. Hoy, ya nadie se preocupa del asunto. La imagen de Verlaine y la imagen de la Miseria, han sido encuadradas en el mismo marco, entre los lienzos que forman el museo de las visiones parisienses.

Las ciudades y los públicos son siempre burgueses, y cuando una vez se acostumbran á cualquier idea, no hay nadie que les haga cambiar.

Lo difícil es acostumbrarles. Pedidles dinero para que Zola no abandone su palacio de Medán, y os lo darán en el acto. Pedidles dinero para que Henri Murger cambie su cama de hospital por un cuarto de hotel, y ni siquiera os escucharán. Cuando hace poco tiempo se representó en el Vaudeville *Los Unos y los Otros* á beneficio de Paul Verlaine, el valor de las entradas bastó, apenas, para darle de comer durante tres mes al poeta ilustre; cuando, más tarde, se abrió una suscripción para ofrecer un banquete á Zola, los mismos periódicos que la iniciaron tuvieron que suspenderla por haber pasado, en mucho, de los límites señalados.

Así es París. Más que el amor de las letras que desde fuera se le supone, ha tenido siempre el amor de la moda. Catulle Mendés, que sólo es un versificador adorable, hace una fortuna con sus versos, mientras Luis de Cardonnel, que es un poeta distinguido, me confesaba hace días que si aún no ha publicado ninguna colección de sus poemas deliciosas, ha sido por falta de editor. Á Victor Hugo, que fué un genio al lado de Richépin y al lado de Coppée, le dá más de un millón su libro de *Los Castigos* y á Paul Verlaine, que es genio al lado de Homero y

al lado de Shakespeare, apenas le produce setecientos francos la colección más completa de sus poesías ¹. El ilustre autor de *Pepita Jimenez* se quejaba hace mucho tiempo de los editores españoles porque, su obra maestra no le había producido sino veinte mil reales. Á Paul Verlaine no le produjo más que doscientos francos la primera edición de *Mes Hôpitaux*.

* * *

Y sin embargo Verlaine no se queja. Su *insouciance* en materia de intereses, es proverbial en el país latino. « Si yo fuese « maligno » — me decía hace poco el gran poeta — bien podría ganar mucho dinero; pero tengo pereza. » La última vez que tuve el gusto de encontrarle, antes de mi visita al hospital, fué unos días después de la aparición en volumen de sus últimas poesías, *Canciones para ella*. El éxito del libro le tenía contento, no sólo por los tres ó cuatro francos diarios que su venta le proporcionaba, sino por la ocasión que le había dado de contentarse con la muchacha bonita á quien él lo dedicara. — « Anoche le llevé un ejemplar — me confesó con un gesto en que la seriedad extrema

1. *Choix de Poésies* — Un volumen, Biblioteca Charpentier, 1891.

se confundía con la burla — y después de dárselo, me quedé á dormir con ella... » Esta frase, *naïve* en su brutalidad y pronunciada por unos labios marchitos de sesenta años, ayuda en gran manera á conocer el carácter del poeta maravilloso que escribió *Sagesse* y que escribió también *Les Poèmes Saturniens*, creando ese contraste de sentimientos y de ideas que en otro poeta cualquiera no podría explicarse, pero que forma, en mi sentir, la nota triunfal de su talento.

* * *

Paul Verlaine es uno de esos espíritus desequilibrados por la neurosis, que se pasan la mañana en oración ante un altar de Cristo, y que luego, por la noche, se emborrachan y blasfeman. Empleó los cinco primeros años de su vida literaria en escribir un libro de poemas amargós, saturianos,

... *dessinés ligne à ligne*
Par la logique d'une influence maligne,

y luego compuso, con las mismas manos pecadoras, un manojo de flores místicas cuyo perfume penetrante tiene mucho del tomillo y del romero sagrados de la Biblia; volvió á blasfemar en otro libro de

prosa sonora, y luego recogió, por segunda vez, la lira cristiana, para cantar otro cántico ardiente dulce á la Virgen del cielo,

... *à la Rose*
Immense des purs vents de l'Amour,
 ... *A la chaste abeille qui se pose*
Sur la seule fleur d'une innocence mi-close,

Fué un día

... *Pierrot, Pierrot, Pierrot*
Qui sied au subtil génie,
De la malice infinie.
De poëte grimacier,

y convirtióse al siguiente en

Calme orphelin
Riche de ses seuls yeux tranquiles.

..... Considerarse humilde pecador cristiano y no desear

Plus aimer que sa mère Marie.

porque

Tous les autres amours sont des commandements,

después de haber pertenecido á esos hijos tristes de Saturno que

Ont entre tous, d'après les grimoires anciens,
Bonne part de malheurs et bonne part de bile;

ser, en fin, un niño inocente y un loco malvado en una pieza, y encontrar en el mal acentos de bondad, como en el bien blasfemias; sentir en la fe los rudos sacudimientos de la neurosis y sentir en el abandono los dulces escalofríos de la fe; poseer esa música divina que sólo da Dios al genio, y merecer que á su temperamento de poeta pueda aplicarse la estrofa de *Sagesse*, que dice al Todopoderoso :

Votre voix

*Me fait comme du bien et du mal à la fois
Et le mal et le bien, tout à les mêmes charmes,*

es don singular que sólo á Verlaine ha sido otorgado por el genio del Bien y por el genio del Mal, en premio, sin duda, de haber sentido las más encantadoras perversidades y las más humildes cauciones que posee la tierra de San Luis y de Voltaire

* * *

Y tanto como su obra es complicada, su vida es rara y singular. De sus aventuras juveniles se cuentan, en secreto, algunas historias abracadabrantas que explican el pliegue trágico de su frente. He oido decir á uno de mis amigos, que es al mismo tiempo familiar del gran poeta, que, en noches de insomnio y de alcoholismo, suele presentarse ante la vista

de Verlaine la imagen del remordimiento llevando de la mano á una sombra querida con el pecho desgarrado por un puñal. Su biografía verdadera, sin embargo, es aún un misterio para todo el mundo, y apenas creo que existan sino dos personas de quien la historia literaria puede esperarla completa : Stephane Mallarmé, el viejo amigo de Verlaine, y Charles Morice, el discipulo querido. Su personalidad, á pesar de todo, y aun envuelta, como hoy se nos presenta, en el manto gris del misterio, es la más interesante entre las personalidades modernas. Ninguna figura como la suya para apasionar los temperamentos enfermizos de nuestro siglo literario. El mismo Oscar Wilde, naturaleza fria y poco dada á la admiración hiperbólica, me confesaba hace algún tiempo que cada una de sus visitas al autor de *Sagesse* le habian costado una noche de reflexiones amargas ó de sacudimientos neuróticos. Y yo de mí sé decir que entre todas las impresiones de juventud, ninguna quedará grabada en mi retina con tintes tan fuertes, como la visión, aún palpitante, de aquella noche de estío en que encontré por primera vez al más genial de los poetas contemporáneos, recostando su cabeza de atleta y de borracho sobre la ennegrecida mesa de un *cabaret* de París.

LA MUERTE DE VERLAINE

LA MUERTE DE VERLAINE

UNA CARTA DE ALEJANDRO SAWA. — LA CÓLERA DE VERLAINE. — EL EDITOR DE VERLAINE. — ANÉCDOTAS.

Paul de Verlaine murió hace pocos días, no en el hospital como han de suponerlo algunos de sus admiradores españoles, sino en una casita del Barrio Latino, muy modesta, muy limpia y muy burguesa.

Murió tranquilamente, sin sufrimientos, sin desesperaciones, casi sin agonía, entre los brazos de una musa compasiva que quiso endulzar los últimos años del poeta con sus caricias maduras.

Yo conocí á Verlaine hace seis años, y según creo, la primera vez que de él se habló en español fué cuando se publicó en Madrid mi folleto titulado *Esquisses*.

¡Pobre « Lelian » ! Mi artículo sobre su vida y sus obras le pareció verdaderamente desagradable, como lo prueba la siguiente carta del valiente autor de *Crimen Legal* y de *Noche* :

París, enero de 1892.

Querido Enrique :

He entregado á Verlaine el ejemplar de tu libro que para él me envías. ¿Debo decirte la impresión que le ha producido? No lo sé; pero como creo que si esto te apena, más te apenaría aún no saber la verdad, paso por encima de todas las consideraciones que pudieran cerrarme la boca y (en estilo de notario) digo : 1.º, que los primeros capítulos en los cuales dices indistintamente al hablar del genio en general, « Shakespeare, Homero, Verlaine, Victor Hugo, etc. », le parecieron de perlas; y 2.º, que el capítulo de las anécdotas privadas le ha puesto de mal humor... ¿por qué?... ya lo verás... Dices tú al comentar una frase erótica suya : « estas palabras, pronunciadas por labios marchitos de sesenta años, suenan de un modo macabro en mis oídos ». Y él exclama al oír tus líneas :

« ¡Verdaderamente ese Carrillo está loco!... ¿Yo sesenta años?... No... Debe de estar chiflado... De hoy en adelante no volveremos á ser amigos ».

Adiós, querido. Tuyo siempre,

ALEJANDRO SAWA.

Empero, á mi regreso á París fuimos de nuevo amigos ó, mejor dicho, seguimos siéndolo, pues á

decir verdad, los rencores del autor de *Sagesse* no duraban nunca sino « el espacio de un ajenjo », como solía decir ingeniosamente él mismo Sawa.

*
* *

En el año 1893 la vecindad llegó á convertir nuestras relaciones en una verdadera é íntima amistad. Él vivía entonces en el hotel de Lisboa, en la rue de Vaugirard, y yo, con Sawa y le Cardonnel, en el hotel de Médicis, en la rue Monsieur-le-Prince. Cuando alguien llamaba á nuestras puertas á las cinco de la mañana, ya se sabía, era Verlaine.

— ¿A dónde va usted? — le preguntábamos. Y él respondía invariablemente :

— Al café...

Los que al encontrarle algo más temprano ó algo más tarde le hubieran hecho la misma pregunta, habrían recibido una respuesta idéntica.

« Verlaine — dice Louis Le Cardonnel — no conoce sino el camino del café ».

A veces, sin embargo, su ruta iba hasta el puente San Miguel, en donde vivía, en aquella época, su buen editor Vanier.

Recuerdo que una mañana de invierno, al pasar frente al *cabaret* del Sol de Oro, oí que alguien me

llamaba. Era Verlaine, que tenía un papel en la mano y que me decía en alta voz:

— He aquí mi último soneto... es necesario llevárselo á Vanier para que me dé cinco francos... pero yo no puedo ir... no... no puedo ir... tengo aquí una taza de café, y antes de marcharme es necesario que la pague... Vanier es un lagarto que no quiere darme un céntimo mientras no le lleve algo escrito...

Y luego me contó, detalladamente, la historia editorial de sus libros:

— Mis únicos versos que han sido escritos con cuidado, con tranquilidad y con tiempo — me dijo — son las estrofas de *Sagesse*; Desde la primera hasta la última, fueron compuestas en la cárcel.

*J'ai naguère habité le meilleur des châteaux
Dans le plus fin pays d'eau vive et de coteaux;
Quatre tours s'élevaient sur le front d'autant d'elles
Et j'ai longtemps, longtemps habité l'une d'elles.*

... Sí, *Sagesse* fué escrita en prisión, en mi castillo feudal de Bélgica, y por eso está bien meditada y bien compuesta... Mis otras obras han sido hechas á saltos... un fragmento en el café, otro en casa, otro en el hospital... en el hospital los más, sobre todo en estos últimos tiempos. Pero en el hospital no se trabaja tan bien como en la cárcel; en el hospital hay

enfermos que se quejan, enfermeros que hablan, médicos que llegan, é internos que bromean; en la cárcel ninguno de esos inconvenientes:

*Un lit strict où l'on peut dormir juste à son aise,
Du jour suffisamment et de l'espace assez*

*.....
D'ailleurs nuls soins gênants, nulle démarche à faire.
Deux fois le jour, ou trois, un serviteur sévère
Apportait mes repas et repartait muet.*

¡Oh la cárcel!... y, sin embargo, no querría volver á ella. La libertad es una locura sagrada. Yendo de hotel en hotel y de hospital en hospital, me siento menos desgraciado que en aquella torre donde viví dos años enteros con mis rimas y con mis ensueños... Pero me parece que hablábamos de mis libros... Sí, eso es; ninguno de ellos ha sido hecho como yo lo deseaba; ninguno de ellos ha salido de la casa de campo en la cual me hubiera sido dulce trabajar, vivir y morir; ninguno de ellos ha sido publicado en el instante en que yo quiería, sino en el instante en que al editor le dió la gana... Vanier me da todas las mañanas un duro en cambio de algunas líneas; y cuando tiene bastante para componer un folleto, mi nueva obra nace sin que yo lo sepa siquiera... ¿no es verdad que todo eso es algo triste?... Y, sin embargo, yo no me quejo, yo soy humilde, yo creo que la poesía no debe venderse, yo hago lo que puedo

y lo doy á quien me lo pide... además un duro es algo más de lo que para vivir estrictamente se ha menester. »

Los raros lectores españoles que hayan tenido ocasión de hojear las *Confesiones de Juventud* publicadas hace poco tiempo por el *Fin de Siècle*, reconocerán en las líneas anteriores el carácter sencillo é ingenuo del autor de *Fiestas Galantes*.

*
**

Tan grande era, en efecto, la sencillez de Verlaine, que á veces rayaba en simplicidad. Cuando alguien trataba de hacerle renunciar á sus costumbres de bohemia instintiva y sentimental, sólo conseguía ponerle de mal humor.

Hace dos años un empresario inglés se propuso inaugurar en un teatro de Londres una serie de conferencias modernistas. El primer poeta invitado á hablar en nombre de la nueva generación intelectual, fué Verlaine. El empresario le dió mil duros y un billete de ida y vuelta, por dos ó tres horas de charla casi familiar. La conferencia estaba anunciada para las nueve en punto. Un cuarto de hora antes, el pobre gran poeta presentábase en el gabinete del director y se ponía á sus órdenes. El inglés, que se

figuró sin duda que Verlaine llegaba del tren, le indicó, con gran respeto, que apenas le quedaban quince minutos para cambiar de traje.

— ¡Cambiar de traje! — exclamó el autor de la *Buena Canción*. — ¿Y por quién me ha tomado usted? Yo me presentaré así, con mi americana, ó no me presentaré de ningún modo.

Y por más que hizo el empresario, no logró reemplazar el paletó usado en los cafés de París por un frac de Londres.

Cuando Verlaine nos contó esta anécdota, terminó diciendo :

— Si quieren enseñar levitas nuevas, que busquen al príncipe de Sagán, y si quieren enseñar poetas, que no se fijen en las levitas... Después de todo, el hombre feliz es el que no tiene camisa... y el poeta verdadero, siempre es feliz...

*
**

¿No os parece una paradoja, en labios de Verlaine, esta última frase? Á mí, por lo menos, me produjo la impresión de una mueca irónica cuando se la oí por primera vez. Y, no obstante, quizás sea una de las pocas « verdades verdaderas » de que dispone la filosofía sensitiva de nuestro siglo.

...« El poeta verdadero siempre es feliz ». — Sí; es feliz porque viviendo en el mundo luminoso de sus visiones desconoce la vulgaridad del mundo exterior; — es feliz porque se crea un universo nuevo de ensueños y de imágenes; — es feliz porque puede decirse á sí mismo las célebres palabras de Saint Paul-Roux el Magnífico; « soy un Dios, soy un poeta. Concibo un mundo que es el elixir de la vida inicial y que se confunde con las horas corporales; pero como este mundo es propiedad de todos en la abstracción de la existencia, me formo otro que es mejor, que nace de mi espíritu, y que es hijo del Deseo y de la Belleza... Y mi florecimiento se mide con mi genio para adorar ó enmendar el florecimiento de la obra de la naturaleza ».

Así, pues, en vez de llorar aún las miserias vulgares y las tristezas pasajeras del gran poeta que acaba de morir, cantemos la gloria de su genio. Fué un poeta y fué feliz á pesar de su desgracia!

UNA VISITA A EMILIO ZOLA